

**Comentario a la ponencia del Dr. Alejandro Ferreiro  
"Ética y economía"<sup>1</sup>**

**Por Marcelo F. Resico**

**I**

Buenas tardes, antes que nada, quisiera agradecer la invitación del Instituto de Estudios Social Cristianos y felicitarlos por estos 35 años de trayectoria. Tengo el placer de visitarlos por segunda vez para estos seminarios y debo confesar que participar nuevamente tiene el gusto de las cosas buenas que se mejoran con el tiempo, digamos, por ejemplo, como un buen vino que se perfecciona con el añejamiento. Alzo entonces la copa, simbólicamente, por cierto, para brindar por el aniversario. También quiero agradecer a la Fundación Konrad Adenauer por su invaluable apoyo para la realización de este Seminario.

Tengo el honor de comentar la excelente conferencia del Dr. Alejandro Ferreiro, con la cual no puedo coincidir más. Permítanme, de todos modos, realizar una reflexión quizás un poco más contextual que la que nos presentó de manera tan medular el Dr. Ferreiro. Pienso que a través del diálogo y la reflexión conjunta, en la sucesión de temas y contrapuntos, es donde se desenvuelven naturalmente las ideas y se profundizan y maduran las convicciones.

El tema de la relación entre la ética y la economía, desde un punto de vista clásico –y por esto mismo es que me parece que debemos tenerlo presente– plantea que la ética es el conocimiento y la práctica de la "vida buena", es decir, la vida de acuerdo a la virtud. Y permítanme recordarles que los grandes maestros de la ética clásica mostraron y demostraron que esta "vida buena" –de acuerdo a la virtud– es asimismo la verdadera "buena vida", la vida orientada en la mayor medida posible a la "felicidad".

Ahora bien, por un lado, para este "vivir bien", de acuerdo a la virtud, es necesaria la disposición de diversos bienes, entre los que se encuentran los bienes económicos. De aquí se sigue que dado que los bienes económicos son útiles en cuanto presupuestos para una vida virtuosa, la economía es el conocimiento y la práctica que nos ilustra sobre la mejor manera de conseguirlos. Desde este punto de vista clásico, la economía se subordina a la ética. Por tanto, ésta última al constituir el fin de la búsqueda de los bienes económicos, impone un límite, sin dudas difícil de determinar con exactitud en todos los casos, pero necesario, en la búsqueda permanente por el mejoramiento de nuestros medios de vida.

Un segundo aspecto, incluido en este contexto del pensamiento clásico, es que la búsqueda de la vida buena y virtuosa, es decir la ética, no se da en el aislamiento, sino en la comunidad con otras personas. La realidad y el estudio de esta búsqueda conjunta de la "vida buena" se denominó por aquel entonces "política", con el nombre que los griegos dieron a su ciudad y al tipo de vida que se desarrolla en ella. La vida política, o la vida "civil", como la llamaríamos hoy, contiene ambas, la práctica de la vida comunitaria y del auto-gobierno, es decir es una de las bases de nuestra concepción de la democracia.

---

<sup>1</sup> Publicado en "Humanismo integral y solidario para un mundo globalizado," Instituto de Estudios Social Cristianos – Fundación Konrad Adenauer, Lima, Perú, Diciembre de 2009.

Este tema tiene relación con la economía, puesto que como la búsqueda del aumento o conservación de los bienes materiales se da, por lo general, en el contexto social, y sólo muy raras veces individualmente, la economía es una realidad y un conocimiento que se despliega en el ámbito de la "política" o de la "vida civil". Precisamente este punto de vista, denominado "economía de comunión" o "economía civil", es uno de los aportes más originales de la reciente encíclica social *Caritas in Veritate*.

## II

Un segundo momento de mi reflexión quisiera dedicarlo a la cuestión de cómo esta perspectiva clásica se transformó en la modernidad, lo que expondré con mayor extensión. En esta época se revalorizó el ámbito de la economía, como esfera de la vida social frente a la ética y a la política clásica, generándose muchos avances y ventajas, y algunos riesgos importantes.

El cambio de la concepción de estos temas estuvo vinculado a un cambio en la realidad económica y también de las ideas predominantes. Por un lado se produjo un aumento del comercio, de la escala de producción y el cambio tecnológico y organizativo, y, por otro, un cambio ideológico a favor de la razón, la autonomía y el individuo. En este contexto las relaciones entre ética y economía se transformaron profundamente. Permítanme, a este respecto, recorrer tres cuestiones que considero esenciales:

1. En un primer lugar, en este nuevo contexto, el deseo por la ampliación y el mejoramiento en la dotación de bienes disponibles, se independizó de una concepción estática, que no le prestaba atención a las necesidades económicas de manera adecuada, y esto fue sin dudas un gran avance. Pero por otro lado, en algunos casos, se planteó que las necesidades económicas eran independientes del campo de la ética, postulando que una acumulación *ilimitada* era una búsqueda razonable, y aún más preocupante, intentando sustituir el ideal de la "vida buena" y virtuosa por el de una búsqueda permanente y sin rumbo de cada vez mayor cantidad de bienes económicos sin un manifiesto fin ulterior.

Para que puedan apreciar que esta cuestión no es sólo una consideración histórica del pasado se puede observar hoy día ejemplos como la presente crisis financiera, en la cual una búsqueda sin límite, y sin consideraciones prudenciales, del rendimiento económico, dio como resultado –en el contexto de una regulación deficiente– a la formación de lo que se denominan "burbujas especulativas". Estos fenómenos económicos, como pudimos comprobar nuevamente, contienen un grado de inestabilidad tal que pueden provocar colapsos en los sistemas financieros globales y una contracción del nivel de actividad económica con severas consecuencias sobre la economía real, las sociedades y las personas que las constituyen.

Se puede poner también como ejemplo el fenómeno del así llamado "consumismo", por el cual la sociedad resulta impensada por una dinámica de la búsqueda de más y más bienes de consumo, en muchos casos sin tener un correlato directo en las necesidades reales. Fenómenos de conducta de este tipo, sin duda influyen en cuestiones que muchas veces son tratadas acépticamente, como dificultades en la así llamada "capacidad de ahorro" economías avanzadas. Estas conductas ayudan a causar desequilibrios como el largamente debatido déficit en cuenta corriente de la economía americana, señalado como uno de los desbalances más serios de la economía global actual.

2. Pero retomemos, luego de estas ilustraciones, el hilo de nuestro razonamiento. Vimos como en la modernidad el motivo económico es revalorizado pero queda en riesgo de ser *absolutizado*. Una segunda cuestión que destaco es que en esta época se desarrolló como nunca antes el conocimiento técnico, es decir el conocimiento aplicado a tecnologías capaces de brindar nuevos bienes, nuevos procesos productivos, y nuevos sistemas de organización en las empresas y los mercados.

A partir de este impulso se desarrollaron las bases técnicas del mundo moderno con todos sus beneficios, pero al mismo tiempo esta dinámica implica, o supone en muchos casos, un cambio o ampliación en las necesidades humanas. Sabemos y nos repiten día tras día que una economía para crecer debe innovar, y que la competencia económica se basa en última instancia en la capacidad de innovación. El que produce estos bienes, servicios o sistemas organizativos novedosos y más productivos es el que gana la delantera y el liderazgo competitivo.

De este modo la innovación desata una carrera en la cual las necesidades humanas, que son su realización –porque en última instancia son la medida y el fin al que están dirigidos los bienes y servicios nuevos y más ventajosos– muchas veces no pueden acompañar la dinámica de cambio. Este también es un límite ético y antropológico que, aún reconociendo un cierto rango de elasticidad de las necesidades, no se puede vulnerar bajo la amenaza de un fenómeno económico contraproducente estrictamente moderno: las crisis de sobre-producción o sub-consumo. En estas crisis el consumo se contrae, poniendo en evidencia una cierta *superfluidad* de la producción previa.

Precisamente esta tensión o dilema, que se ha presentado cíclicamente en la modernidad, es lo que nuevamente aparece hoy en el horizonte cuando uno lee o escucha sobre una próxima revolución tecnológica, esta vez orientada a la biotecnología, la ingeniería genética, la neurociencia y sus ramas afines.

3. En tercer y último lugar, en nuestra caracterización de la modernidad, agreguemos que en esta época la economía se desvinculó en cierto sentido de la comunidad y de la sociedad. Esto se debió a la difusión de la idea según la cual cada uno persiguiendo su “propio interés”, a través del intercambio, termina buscando el bien del otro. Esta idea, que se denominó “mano invisible”, a su vez está en la base de la fundamentación de la institución del mercado como un arreglo según el cual cada persona buscando su interés propio termina vinculada con el bienestar del prójimo.

Con respecto a este punto se produjo un gran cambio en la sociedad que se puede perder de vista, pero sólo al precio de ciertas consecuencias negativas. El sistema de libertad económica, que implica el postulado de la “mano invisible”, tendió a separar a los que tenían los bienes y capacidades requeridas para desenvolverse adecuadamente en los mercados, por contraposición a los que quedaban al margen de sus beneficios. En un principio se produjo también una polarización entre los grupos que poseían el capital, frente a los grupos que sólo podían ofrecer su trabajo como mercancía del mercado.

Para equilibrar esta competencia – y bajo la visión que la economía es un aspecto de la vida social y política– es que se desarrollaron instituciones para negociar en forma adecuada las condiciones de trabajo, ciertas regulaciones de los sistemas laborales y las redes de contención social provistas por el estado para aquellos que directamente quedan fuera de las relaciones en los mercados. En los últimos 25 o 30 años, debido a una serie de cambios tecnológicos, demográficos y al consenso a favor de la

desregulación, se procedió a reducir estos sistemas, a recortarlos, a reformularlos de manera que fueran menos costosos.

En la actualidad no sólo se está buscando un modo más socialmente justo y efectivo de desandar este camino, sino que con naturalidad se hizo evidente la necesidad de dar cabida y fomentar las acciones y emprendimientos espontáneos y solidarios de la "sociedad civil". Esto último se percibió al constatar ciertos problemas que tuvo el enfoque de los años 60 y 70 del siglo pasado al realizarse la política social de una manera centralizada y burocrática.

### III

Estos dilemas entre la economía, la ética y la política, con respecto a las necesidades, el cambio tecnológico y el puesto del individuo en la sociedad se fueron respondiendo históricamente, con grandes contrastes, muchas veces conflictivos y algunas veces violentos, en los distintos países.

En estas tensiones por la "modernización social" existieron casos de países o sociedades que trataron de integrar los nuevos elementos positivos del mundo moderno, con los que traían de su tradición previa, con resultados en general positivos. Son estos los que generalmente denominamos países o naciones desarrolladas.

Por otro lado existieron casos de países o sociedades donde este movimiento se hizo de modo más retrasado y heterogéneo, causando que las fuerzas a favor y en contra del cambio se enfrentaron de una manera maniqueísta, produciéndose en muchos casos problemas en la generación de consensos sociales básicos, lo cual afectó su capacidad de gobernabilidad. A estas naciones o países los denominamos en vías de desarrollo.

Dentro de este panorama que he trazado, de una manera muy simplificada, por cierto, ustedes se preguntarán: ¿cómo afecta todo esto a nuestra querida Latinoamérica?. Pues bien, la última parte de mi comentario, se refiere a la aplicación y las orientaciones que podemos obtener de estas reflexiones en el contexto de nuestra región.

En primer lugar podemos decir que históricamente en Latinoamérica nos hemos retrasado en incorporar las ventajas de la modernidad. Asimismo hemos llevado adelante una modernización heterogénea que ha generado en muchos casos resultados contrastantes, y con el tiempo, posturas antagónicas. Una buena parte de nuestra región y de nuestra población ha quedado al margen de las ventajas de este tipo de sistema social y otra parte, más circunscripta –en la que la modernización ha sido en buena medida imitativa, sin una elaboración profunda– ha contenido muchos problemas específicos que generaron no pocas contramarchas.

Es cierto que a pesar de todo el proceso se ha sostenido, y se han hecho importantes progresos, sobre todo en algunos países en los últimos años. Sin embargo el escenario de conjunto, me parece aún muestra una gran heterogeneidad y potenciales conflictos. Estos se derivan de las posturas que se han ido desarrollando al respecto.

Una somera enunciación de las mismas debe comenzar por constatar que coexisten corrientes de opinión demasiado polarizadas en las que se plantea por un lado la falta

de modernización y por otro un exceso de la misma, y en cierto sentido ambas reflejan algo de la realidad, pero sobre todo y lamentablemente, pecan de cierta unilateralidad.

La postura que plantea las falencias o defectos de la modernización, basada en la incoherencia con la identidad propia y el exceso de afán de dominio de los grupos que la impulsan, termina cayendo en los excesos contrarios: pragmatismo, falta de principios, consecuente imposibilidad de establecer reglas generales, y una discrecionalidad que oculta muy deficientemente la primacía de la voluntad de poder. La mayor energía esta postura la centra en el rechazo de los avances que propone la modernización y en el campo de la propuesta se reduce a una romántica salida utópica.

Por otra parte, hay una postura que plantea la necesaria modernización de una forma meramente imitativa, y la presenta como una fácil panacea. Esta postura presenta altos riesgos de aplicación, por desconocer los elementos éticos e identitarios, por los problemas de aplicación que conlleva, y por el rechazo ulterior de la población cuando se manifiestan las deficiencias.

La solución, como espero haber puesto de manifiesto en el conjunto de esta reflexión, se encuentra en una vía media que llamaría "modernización prudencial con base ética" que consiste en adoptar las ventajas de la modernización pero sintetizándola desde el núcleo central de la identidad propia, lo que implicará adoptar diferentes ritmos en diferentes temas e incluso frenar algunos aspectos, dejando espacio para la creatividad propia.

Esto lógicamente implica encontrar el valor ético tanto de la identidad, como de los valores universales que propone la modernización, encontrando un diálogo que permita el desarrollo, la afirmación y depuración del carácter propio, en permanente apertura a los valores universales y globales.

Esta perspectiva es lo que considero debe ser el espíritu en el que se interprete un "desarrollo integral, equitativo y sustentable", que pueda ser la bandera de un nuevo humanismo cristiano en el siglo XXI.

Muchas gracias por su atención.

**Lima**  
**Septiembre de 2009**